

# LA PALABRA

## Y EL HOMBRE REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Yuliana Rivera  
[juli.rivera85@gmail.com](mailto:juli.rivera85@gmail.com)  
Universidad Veracruzana

### La lírica: musa de la narrativa contemporánea mexicana

*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*  
Número 53, julio-septiembre 2020, pp. 72-75.

ISSN: 01855727  
Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana  
Dirección de Editorial  
*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*  
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000  
Xalapa, Veracruz, México  
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

# LA LÍRICA: MUSA de la narrativa contemporánea mexicana

Yuliana Rivera

Al ver estos cuatro libros en sus *stands*, de inmediato sentí empatía con ellos. Tras leerlos, compartí el gusto y la visión analógica que tienden entre el cantante y el poeta, que en la mayoría de los casos tienen por escuela la cantina, el dolor y la miseria.

Para cantar el corrido voy a quitarme el sombrero.

CHALINO SÁNCHEZ,  
"Juventino Quintero"

“El poema canta una historia...”, diría Octavio Paz, proposición que resume no solo la tradición sino el atributo de la literatura. En el principio fue el canto. El poeta canta historias y cuenta melodías, refiere Paz a Antonio Machado. “El tono y el ritmo deben ser todo para el escritor”, me dijo alguna vez una maestra al salir de la clase. Aquel día habíamos comentado a Gabriel García Márquez. Mientras me decía esto, con su mirada cristalina casi a punto del llanto siempre, me veía a los ojos como nadie nunca lo ha hecho. “Y eso, querida, solo te lo dan las palabras... y la puntuación”. Lo suyo era una invitación a *sentir* la literatura, como sentimos la música, solo que con

ese ímpetu con el que hablan los Poetas. Ellos no disocian ni articulan los textos como si fueran cuerpos inertes; el poema, la novela, el cuento, la crónica, son concepto, idea, realidad, y cada palabra invoca al universo. Nada sabemos del cántico del ave al atardecer y, sin embargo, nos conmueve.

Entonces, ¿por qué se soslaya la presencia del lirismo en la narrativa?, ¿por qué negamos su diálogo con otros géneros? O, peor aún, ¿por qué nos asombran sus relaciones o influencias en el autor y en su obra? La respuesta es “histórica”: porque hubo un tiempo en que comenzamos a separar mente y cuerpo. Lo objetivo de lo subjetivo. Porque ha habido la necesidad de nombrar para categorizar, por consiguiente, ordenar. Y en esto desterramos el sentir.

Aquellos que leemos poesía identificamos a los escritores que leen poesía. Como en todos los tiempos, si se quiere ser innovador se tiene que ser original:

volver la mirada a la tradición; primero, para reconocerla; luego, para negarla. Todos los movimientos *post* de las vanguardias artísticas no son la excepción; siguen siendo un *continuum* de ruptura y tradición. La literatura es lo no literario, es decir, es el compromiso y trabajo con el lenguaje y la imaginación y, en esta operación, además, se propone ir tres pasos adelante y contra el tiempo, para asirlo mediante las palabras y detenerlo en el instante de enunciación. Hacer comunión con nuestra memoria para hablarle al futuro: ser contemporáneo. Tal es el caso de *Idos de la mente. La increíble y (a veces) triste historia de Ramón y Cornelio* (2001), de Luis Humberto Crosthwaite; *Trabajos del reino* (2008), de Yuri Herrera; *Rigo es amor. Una rocola a dieciséis voces* (2013), de Cristina Rivera Garza, y *Relámpagos que fueron* (2016), de J. R. M. Ávila. La literatura de estos escritores mexicanos pone de relieve su compromiso con el lenguaje y la imaginación pero, sobre todo, su contemporaneidad en tanto redimen la lírica en la narrativa.

Al ver estos cuatro libros en sus *stands*, de inmediato sentí empatía con ellos. Tras leerlos, compartí el gusto y la visión analógica que tienden entre el cantante y el poeta, que en la mayoría de los casos tienen por escuela la cantina, el dolor y la miseria. Para sacarlos de los estantes de las librerías, como ellos a los músicos trayéndolos de nuevo al espacio literario, quise escribir este texto. Podría asegurar que son autores y relatos poco leídos, porque, claro, la crítica ha tildado a estos autores como de la frontera, del narco, de literatura periférica, etc.; denominaciones que, justamente, obedecen a lo que he mencionado: “la necesidad de ordenar el mundo”. En este sentido yo las reconocería más como narrativas postautónomas,<sup>1</sup> porque en ellas,

según Josefina Ludmer, “la realidad es ficción y la ficción es realidad” (2009, 151). De aquí que los relatos no se ciñan al género biográfico de cantantes sino que también migren de un género a otro sin apenas percibirlo. Paradójicamente, dichas categorías invitan al lector –curioso– a leerlos. El mérito de estos escritores es que han puesto el dedo en la llaga, para la crítica purista que niega la interdiscursividad en las artes, ya de antiguo, para recordarnos, ¡y quién diría de qué manera!, el origen y la esencia de la literatura: cantar una historia. Es significativo que sus personajes sean cantantes de corridos y narcocorridos con excepción de Rigo Tovar, que cantaba cumbias.

Se trata, pues, de textos donde los autores descubren su gusto por la canción regional del norte de nuestro país y su fascinación por las figuras emblemáticas de la cultura de masas, así como su acercamiento a la definición de identidad territorial a partir de la música. Esta es de suma importancia en su formación como escritores, su construcción de identidad, y en nuestro imaginario colectivo. La música también es un vehículo para la transformación de formas y temas narrativos, pero, sobre todo, sus textos develan la capacidad ineludible de la literatura: crear realidades, mismas que en estos casos se deslindan de los temas como la violencia y el narcoestado en México.

En sus fabulaciones, estos autores nos cuentan la historia de Cornelio Reyna y Ramón Ayala, Rigo Tovar y El Lobo/El Artista. Algunos de estos nombres nos suenan familiares, pues ya están grabados en nuestro imaginario. Se enciende la rocola, mientras el músico espera su turno afuera fumándose un Raleigh o un Delicados. Adentro, la mesera sirve sobre la mesa la carne asada y unas cervezas. Seguimos. Rivera Garza, Crosthwaite, Herrera y Ávila nos llevan a las cantinas o al-

## El mérito de estos escritores es que han puesto el dedo en la llaga, para la crítica purista que niega la interdiscursividad en las artes, ya de antiguo, para recordarnos, ¡y quién diría de qué manera!, el origen y la esencia de la literatura: cantar una historia. Es significativo que sus personajes sean cantantes de corridos y narcocorridos con excepción de Rigo Tovar, que cantaba cumbias.

gún reino mientras en el fondo se escuchan las notas de un acordeón y un bajo sexto que son afinados para entrar a escena.

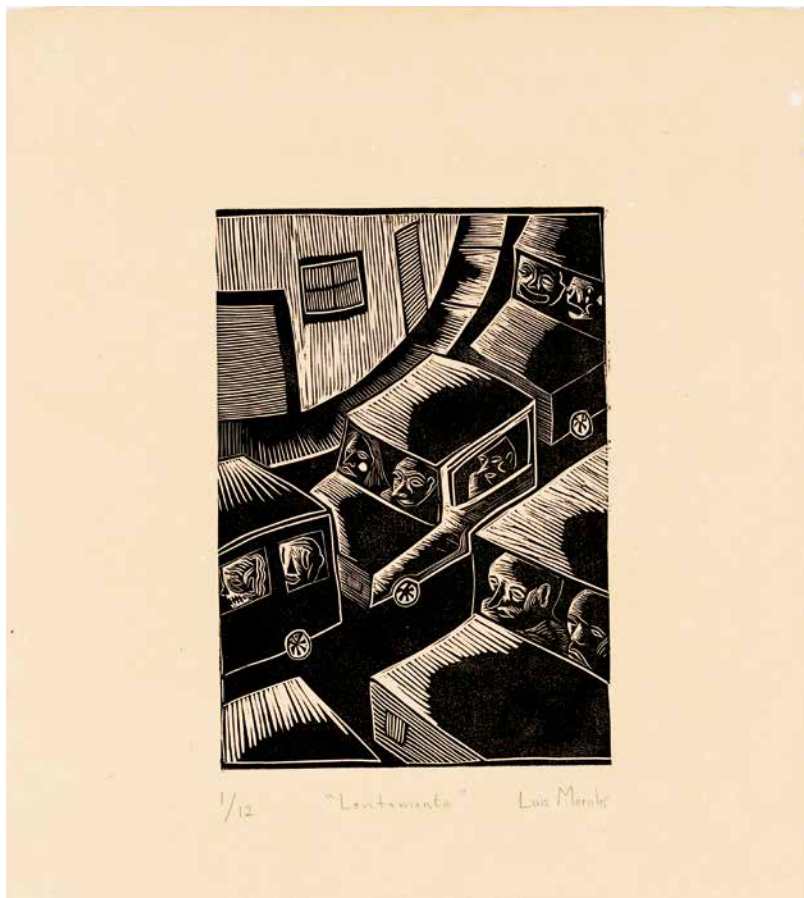
En medio del caos de un sistema podrido, el poeta canta historias –las suyas y las de otros–, se superpone al desempleo, al desamor, se anima a vivir el sueño americano. Cae y se levanta porque a fin de cuentas es hombre. Toma un atajo y en el mejor de los escenarios le llegan al precio convirtiéndose en un cantante de narcocorridos, pero sigue siendo en esencia alguien que canta historias. El Lobo/El Artista, narrador en *Trabajos del reino* (2018), de Yuri Herrera, describe las vicisitudes a las que se enfrenta, como la censura, con todo y que fue sacado de las cantinas para trabajarle a El Rey:

Machín les escama oír mentar de este mal sueño que cobra vidas y palabras. Les escama que Uno sume la carne de todos, que Aquel guarde la fuerza de todos. Les escama quién es, cómo es y cómo se lo dice. Solo se atreven a saberlo cuando se abandonan a la verdad de sí mismos, en el pisto, en el baile, en el ardor, jodidos [...] el corrido no es un cuadro adornado en la pared. Es un hombre y es un arma. Cura lo que escame (Herrera 2018, 64).

En *Los Relámpagos que fueron*, las crónicas de Ramón Ayala y Corne-

lio Reyna, de J. R. M. Ávila, me he asomado a otra realidad del norte del país. El autor apuesta en cada palabra a la provocación de una experiencia estética que corroe, como pasarse un trago de aguardiente. ¿A quién no le indigna el trabajo infantil? No obstante, la música ahí está como musa y única posibilidad de ser, de salir del fango. En las crónicas se advierte la variabilidad unificada de la literatura contemporánea mexicana a través de la lírica. De nuevo, la literatura de ida y vuelta o “La literatura del boomerang”, como la llamara Carlos Fuentes; esa que apela a la sensibilidad del lector para comprenderla más allá de las categorizaciones genéricas y anquilosadas, esa que recupera lo clásico para renovarlo. Esa literatura que se escribió para escucharla/sentirla, como a la poesía. Según Jorge Luis Borges, debe sentirse y requiere de sensibilidad, por eso no es algo que se enseñe:

Eres nuevo, ¿verdad?, le dice el hombre. Ramón teme estarlo haciendo mal. “Sí. ¿Por qué?”. El hombre sonrío: “No tienes manos de bolero”. El muchacho se detiene a observarse las manos pero no encuentra sino algunas pringas de la primera boleada. “¿Y de qué las tengo?”, dice el muchacho mientras termina de cepillar el zapato derecho y se dispone a aplicar crema con otra brocha. “No



Lentamente

sé, a lo mejor de acordeonista” (Ávila 2016, 132).

Entre tanto, se lee en la página legal de *Idos de la mente...*, edición Tusquets (2010): “Los personajes de este libro, así como el narrador, los amigos del autor, incluso la presente nota, son ficticios. Solo la música es real”. En efecto, porque más allá de si entendemos sobre composición musical o no, aquella nos acompaña “en el ardor [y] en el pisto”. “Idos de la mente” es el título de una canción del grupo musical que habrían de conformar Cornelio Reyna y Ramón Ayala hacia la década de los sesenta, cuando llamaron a su grupo Los Relámpagos del Norte. Sobre cómo se conocieron, quién de ellos escogió el nombre del grupo y en qué circunstancias y los vecuquitos que sortea todo cantante

que se inicia desde lo *underground*, así como la promesa que hizo Ramón Ayala de sacar la música norteña de las cantinas, hasta la anécdota detrás del famoso tema “Las casas de madera”, que hicieron famoso Ayala y Los Bravos del Norte, ya sin Cornelio; todo esto nos cuenta J. R. M. Ávila en sus crónicas de *Los relámpagos que fueron*. Sin embargo, aunque antes Luis Humberto Crosthwaite había escrito la historia de este par de músicos en *Idos de la mente...*, la diferencia con las crónicas de J. R. M. Ávila radica en que aquel se permite más ficcionalizar el mito y recurre a otras formas estilísticas como la prosa poética o incluso el poema y la epístola en la fabulación. Incluso su primer capítulo lleva por título: “Estos eran dos amigos”, lo que nos remite a la oralidad, al estilo noticioso propio del

corrido y, por qué no, de los cantares de gesta. Lo mismo sucede con *Trabajos del reino*, de Yuri Herrera, donde El Lobo/ El Artista dice:

La historia se cuenta sola, pero hay que animarla –respondió–, uno agarra una o dos palabras y las demás dan vueltas alrededor de ellas, así se sostiene. Porque si nomás fuera cosa de chismear, para qué se hace una canción (87).

El Lobo/El Artista, un personaje arquetípico junto con todos los que aparecen en el relato, así como la estética de *Trabajos...* a ratos nos recuerdan la literatura renacentista, particularmente una tragedia shakesperiana. La magistral habilidad de estos cuatro autores para introducir una referencia –sin notas a pie– logra que el relato se sostenga por sí mismo en su propuesta coherente de cimentar la historia en el canto, en lo oral, en lo mítico; en otras palabras, más en lo sensible que en lo intelectual. Aquí vendría bien citar a Giorgio Agamben en relación con el escritor contemporáneo y esta operación de recuperar el presente a través del ejercicio de la memoria: “el contemporáneo vuelve al presente en el que nunca hemos estado [...] en el presente marcándolo sobre todo como arcaico [...] el presente que no es otra cosa que la parte de no-vivido” (2008, 6-7). Lo no vivido debería entenderse entonces como la causa de la invención de una realidad, la ficción.

El norte, escenario que atestigua la diáspora o la distopía de la modernidad para quienes cruzan la frontera con su bajo sexto o un acordeón como lo habrían hecho Cornelio Reyna y Ramón Ayala juntos o el mismo Rigo Tovar, como lo han hecho muchos de los nuestros con una mochila sobre sus espaldas, es razón de peso para que por lo menos escuche-

mos estas otras voces literarias, pues los sueños de los músicos no distan mucho de los nuestros. Algunos culminan como historias de “éxito”, como la de Ramón Ayala o El Lobo; otras no tanto, como las de Cornelio Reyna y Rigo Tovar.

Por eso, en muchos sentidos, mi primer encuentro con Rigo Tovar se llevó a cabo en esa respuesta disfrazada de pregunta que culminaba toda conversación sobre mi lugar de origen. Mi Matamoros querido. ¿Te podré olvidar? [...] Así que de ahí era, me repetía yo entre maravillada e incrédula. De donde es Rigo Tovar (Rivera 2013, 11,13).

La confesión que hace Rivera Garza en la introducción de su libro de ensayos, en el que participan otros autores que comparten el gusto por el autor de “El sirenito” o alguna anécdota sobre él, no solo marca el tono del resto de las melodías ensayísticas y poéticas en su libro, sino que además es un rasgo adicional de lo que Ludmer reconoce como literatura postautónoma: “Los sujetos que definen su identidad por su pertenencia a ciertos territorios” (2006, 149). En tanto, cabría preguntarse a partir de estos relatos: ¿dónde termina la realidad para dar paso a la ficción?, ¿de aquí mi empatía con ellos?

La poesía debe recordarnos cosas, me parece que leí esta frase en un libro de Jorge Luis Borges. También recuerdo que la poesía, diría Octavio Paz, es un acto de soledad y comunión. Estas dos afirmaciones vinieron a mi mente cuando leí aquel pasaje en el que el músico se encuentra solo; ahí parece más un poeta: “Le había costado mucho redondearle las esquinas a la canción, la última parte

sobre todo, cuando a los batos no les queda más que quedarse solos. Se quedó ahí, hasta la oscuridad se empezó a comer los colores, sintiéndose tan pequeño y tan libre, y luego bajó” (Herrera 2018, 66). El músico, El Lobo, El Artista, a veces bufón o payaso, canta para todos, como un poeta, con un único fin: conovernos.

“El hombre está llegando a la luna, pero fue hace más de veinte siglos que un poeta supo de ensalmos capaces de hacer bajar la luna hasta la tierra”, dijo Julio Cortázar hacia 1967, expresión que prueba que en el principio fue la palabra, el canto, y asimismo cómo los fines contrarios de la ciencia y el arte llevan distintas direcciones; de aquí la necesidad, primero, de sentir la literatura, luego habrá quienes la teoricen. Y por esto, justamente, la naturaleza subversiva del escritor que intenta asir su presente con palabras, con todo y que, ya se sabe, se escapa. Pese al desdén mayoritario de las academias por la cultura popular y al encasillamiento de la literatura, esta se sobrepone por sus cualidades, como las que ya intenté presentar a lo largo de este texto. Si a estos relatos se les ha juzgado duramente por “enaltecer la violencia”, entonces cabría pensar en lo anacrónico del juicio, ya que la violencia es la madre de las civilizaciones y siempre ha estado, como el canto, entre nosotros. En este sentido, el que estos cuatro textos pongan un pie en la realidad –violenta– no socava la búsqueda por traer de vuelta a la musa del poeta, la lírica, porque justamente ante el rostro de la tragedia se precisa lo opuesto; por esto me resulta valioso no pasarlo por alto. La música, inspiración del creador desde “hace más de veinte siglos”, ha acompañado también a los hombres para diluir sus pesares, para invertir los roles sociales; incluso, para burlar a los dioses. **LPyH**

## NOTA

<sup>1</sup> Josefina Ludmer (2009) describe la literatura contemporánea –entendida esta como una actitud crítica, siguiendo a Agamben– como aquellos textos que desdibujan los campos autónomos o la especificidad y lo autorreferencial que marcó a la generación de escritores que la preceden, o sea, el *boom* latinoamericano, en el que la realidad histórica tenía un carácter simbólico. No será así con la narrativa contemporánea.

## REFERENCIAS

- Agamben, Giorgio. 2008. “¿Qué es lo contemporáneo?” Acceso el 8 de diciembre de 2020. <https://19bienio.fundacionpaiz.org.gt/wp-content/uploads/2014/02/agamben-que-es-lo-contemporaneo.pdf>
- Ávila, J. R. M. 2016. *Relámpagos que fueron*. Monterrey: UANL.
- Cortázar, Julio. 2013. “Para llegar a Lezama Lima”. En *La vuelta al día en ochenta mundos*. Tomo II, 41-81. México: Siglo XXI.
- Crosthwaite, Luis Humberto. 2010. *Idos de la mente. La increíble y (a veces) triste historia de Ramón y Cornelio*. México: Tusquets.
- Fuentes, Carlos. 2011. “José Donoso, del boom al búmerang”. En *La gran novela latinoamericana*, 291-355. México: Alfaguara.
- Herrera, Yuri. 2018. *Trabajos del reino*. Cáceres: Periférica.
- Ludmer, Josefina. 2009. “Literaturas postautónomas 2.0”. *Propuesta Educativa* 2 (32): 41-45. <https://www.redalyc.org/pdf/4030/403041704005.pdf>
- Rivera Garza, Cristina. 2013. *Rigo es amor. Una rocola a dieciséis voces*. México: Tusquets.

**Yuliana Rivera** es maestra en Literatura Mexicana por la UV y profesora en la misma casa de estudios. Ha publicado en *Tierra Adentro, Este País, Letras Libres* y *Círculo de Poesía*. Participó en la antología *Aún queda la noche* (Sangre Ediciones, 2019).